

Muy malo, sí, señores, muy malo. ¿Quería aceptar la señora el paraguas? Adelaida lo agradeció sin aceptarlo, y no se ocuparon más de él, continuando D. Navigio por la embarrada carretera más caviloso y dado al diablo que antes. Pensaba ahora en Florita y en misia Loreto, cuya candidez de mamá rayaba en lo absurdo, y se dijo que si después de la visita del *hombre negro* la permanencia en Marplatina era difícil, después del encuentro de ahora resultaba inútil... D. Navigio cerró el paraguas de golpe y se lo echó al hombro; su cara clerical se encendió como rojo farol veneciano, y el huérfano colmillo hincó en el labio la desgastada punta. ¡Inútil! es decir, la derrota en toda la línea; la huída, la muerte obscura en el refugio de la calle de Río Bamba, sabe Dios si en medio de la calle, sin refugio posible ni auxilio humano. Violentamente dió un salto á tierra el paraguas, lo plantó D. Navigio en la carretera, mojón que marca un límite infranqueable, y bailándole el colmillo empujado por el borbotón de palabras,

dió cara al pueblo y al problema, completamente resuelto.

—No llegaré á este límite, ¡digo que no llegaré! no me entregaré ni á discreción, ni con condiciones, sean éstas cuales fueren. Pelearé hasta con mi sombra, y, si sucumbo, será en buena ley. ¿Qué hago? salir de Marplatina un día de éstos, con el pretexto de lo de la Corte; inventaré una carta del Presidente, y saldré sin apariencias de derrotado... Y allá veremos. El doctor Soto muere, pero no se rinde, como la Guardia vieja.

Dijo, y siguió adelante, colgado ahora el paraguas de sus dos manos, que cruzaba á la espalda, actitud de calma, de resignación y abatimiento, cual si la arrogante parrafada fuese nada más que un pinito de su voluntad en quiebra. Pisándole los talones venían el faetón y el jinete, y las risas de Adelaida le mortificaban, risas irónicas quizá, risas del vicio triunfante y soberano; como él iba despacio y ellos traían el paso de sus brutos, le alcanzaron, cruzáronse con

él de nuevo y le obsequiaron con la frasecita ociosa que subrayaban impertinentes el latiguillo y la mano:

—Mal tiempo ¿eh, doctor?

Muy mal tiempo. ¡Y tan malo! ¡así os estrellaseis los dos, tunantones indecentes! Bailó solo el colmillo de D. Navigio, colérico, y no prestándose el hombre á marchar detrás, escolta y testimonio poco lucidos, dió bruscamente media vuelta y puso la embarrada proa al pueblo, desanduvo largo trecho y tornó á seguir adelante, nave sin gobierno, juguete de corrientes contrarias; todo con el fin de dar tiempo y espacio á los otros para alejarse... De todos modos, ¿no había resuelto resistir? la manera y los medios de la resistencia serían objeto de ulteriores reflexiones en colaboración de misia Loreto. El paraguas, que pendía inerte, se alarmó ante la idea de que la chiflada de Florita iba á renovar sus cursis tiradas feministas, aquel proyecto disparatado suyo de meterse á institutriz ó algo por el estilo, trabajo remunerado, pan conquistado por

sus manos aristocráticas, oponiéndose á que las cosas continuaran como antes, ahora que el pensar en bodas era soñar con subir á la luna de un salto. ¿De dónde había aprendido Flora teorías semejantes? Las revistuchas inglesas, sus lecturas norteamericanas tenían la culpa, y sobre todo él y su madre, que no prohibieron la entrada del enemigo en la casa. ¡Menuda batalla le esperaba aquel día!

Otra vez cayó el paraguas desalentado, y marcando fué cada paso de D. Navigio, que, no mirando ya los baches, andaba más de prisa y parecíale el camino más llano, sin duda porque ni el faetón ni el jinete le estorbaban. Entretanto, arreció la llovizna, la niebla cubrió la costa, trepó el cantil, avanzó sobre la playa y los campos, y en blancos vapores envolvió la carretera... Trasunto de la situación en que se hallaba, rodearon al caprichoso paseante las tinieblas, y no viera á tres pasos dos montados en un burro.

— Pero ¿adónde voy? — se dijo D. Navi-

gio deteniéndose y buscando el abrigo del paraguas.

Sentíase cansado, con los pies húmedos, la cabeza caliente y el estómago vacío como un tambor. Decidió volver al hotel y esperar en la terraza la hora del almuerzo, á fin de dilatar la de las explicaciones con su mujer y su hija, rumiando mientras lo que les diría y los giros y argumentos que para decirselo emplearía más discretos y concisos, pues tanto temor le daba la atropellada elocuencia de la señora como la fría dialéctica de Florita.

Y se disponía á regresar tranquilamente, cuando hendiendo la espesa nube, nuevo Santiago sobre su caballo blanco, apareció Gabinito á todo galope, tan ciego, que si D. Navigio no gana la cuneta y se resigna á tomar un baño de pies, allí es el punto final de las tribulaciones pasadas y de las que, por desgracia, aún aguardaban al político sin ventura. Gabinito paró en seco y se excusó de su imprudencia.

—No hay de qué— contestó el doctor re-

poniéndose y conalgún despego,—esta maldita niebla aconseja andar más despacio.

—Sí, señor— dijo el joven,—pero vaya usted con consejos á un *mancarrón* que huele la querencia..., y además duro de boca.

Allí mismo obsequió con cuatro rebencazos al animal, encabritándole de modo que casi le saca á él por la cabeza y obligó á D. Navigio á tomar otro pediluvio forzado; y así que se calmaron les dos, y el doctor pudo acercarse sin peligro, echaron á andar, chano, chano, jinete y peatón hacia el *Manchester* en sosegado diálogo.

—Pues, mire usted—dijo D. Navigio,—á ningún lado; se me ocurrió ir á pie hasta el Molino. Por prescripción médica debo hacer un ejercicio diario de dos horas, siempre de espaldas al viento; pero para cumplirla hay que contar con el tiempo y con el mismo viento, que poco gustoso sin duda de descortesías, cambia á lo mejor y le sopla por el frente, cuando le creía usted refrescándole los faldones...

—Tonterías de los médicos — sentenció Gabinito;—si fuera uno á hacer caso de todas sus prescripciones y á tragar todas sus drogas...

—¡Ay, amigo mío! sólo la juventud tiene derecho de ser rebelde.

—Mi juventud no vale lo que su madurez, doctor Soto; lo confieso. No me ando yo á patita estos dos ó tres kilómetros que se ha andado usted, y con la humedad que lleva tenía bastante para un catarro superior.

—Sí, ¿eh?

Miró D. Navigio la raquítica estampa del caballereite, y sonrió con lástima.

—Asimismo no estoy muy tranquilo—repuso Gabinito;—y seguramente cuando mi familia se entere de que he salido con una mañana tan mala... Pero, tenía que salir.

No dijo á qué, ni D. Navigio se lo preguntó; ni había necesidad, puesto que lo sabía.

—Hay que cuidar de la salud, amiguito, por sí mismo, por la familia y por la patria.

—¿La patria? ¿qué falta le hago yo á la patria?

La patria necesita de los buenos ciudadanos, y todos estamos obligados á servirla con nuestro brazo y nuestra inteligencia. Sería lástima que comprometiera su vida quien, según todas las probabilidades, en las próximas elecciones sacaría la investidura de diputado, brindándosele de esta manera brillante oportunidad para cumplir aquellos sagrados deberes y realizar sus ideales todos de hijo amante que sueña con la grandeza y la felicidad de la nación. El Gobernador se lo había prometido, promesa oficial, rotunda, terminante, contestando al interés verdaderamente paternal con que él, D. Navigio, había apoyado su candidatura, con palabras no menos calurosas en loor de aquel digno hijo de su padre, cuyo apellido, de poderoso arraigo en la provincia, era prenda segura, garantía inapreciable del calor, del entusiasmo que había de dedicar al desempeño de su cargo. ¡Y qué mayor orgullo para la juventud, llegar á ocupar la

silla curul del legislador sin pasiones, sin prejuicios, sin odios, sin otro fin, sin otro norte, sin otra norma ni otra guía que la ventura de la patria! ¡juventud, esperanza de la patria, bendita seas! ¡tú eres la vida y el porvenir! patria dichosa, levanta el ánimo, que la juventud se apresta á servirte, á alegrarte, á engrandecerte, á...

Todo esto, esmaltado de lugares comunes, y con el énfasis de una arenga parlamentaria, muestra de su oratoria (tamaño reducido), lo dijo D. Navigio sin parar, andando, chano, chano, junto al caballo santiagués, y lo oyó el joven apóstol entre risueño y aburrido, animándosele algo los ojos cuando se convenció de que dentro de tanta hojarasca estaba, como fruta sabrosa, la promesa de Su Excelencia.

—¿Va de veras?—preguntó, dando principio á la tanda de bostezos.

—¿Puede usted dudarle si yo se lo aseguro?

—Quedo á usted muy reconocido, doctor Soto, sumamente reconocido... Pero, de-

claro á usted que me pone en apuros, y siento que haya tomado á lo serio la conversación nuestra de aquel día en el muelle, ¿se acuerda usted? viendo descargar el pescado. Hablábamos de leyes de caza y pesca, refiriéndonos, entre otros abusos, á la destrucción bárbara de lobos marinos en esta costa, y á mí se me ocurrió decir:—Si yo fuera diputado... Pues, ya me doy por ungido en el Congreso, y me figuro sentado en mi escaño, y á todos con las caras vueltas á mí, esperando que apoye con mi palabra el proyecto de ley; abro la boca, muevo la lengua y no me sale sonido alguno de labios para fuera; busco mi voz debajo de la lengua, en el fondo de la garganta, en lo alto del techo... debajo del banco, y no la encuentro, ni voz, ni ideas, ni nada más que atolondramiento y cólera de verme allí puesto en ridículo, á la faz del país entero... Doctor Soto, ¡por Dios! déjeme usted en paz, que modestamente reconozco mi inutilidad. Que se sienten en esas curules, como usted dice, hombres de

estudio y de talento, si los hay, porque á mí me vendrían demasiado anchas. Confieso que yo no tengo ideales, ni cosa alguna de esas que usted ha mentado con tanta elocuencia, ni cifro mi ambición y mis esperanzas solamente en la ventura de la patria, ni pienso consagrarla todas mis energías, las pocas que me restan. ¡Ideales! ¿qué son los ideales? algo como esta neblina que nos molesta y nos estorba el paso desembarazado. Hoy por hoy, yo no sueño más que en divertirme, divertirme mucho, divertirme siempre, de todos modos y en todas las formas; vivir, gozar, pasarlo bien. ¡Este es nuestro credo, doctor Soto!

Dijo y tosió recio, con cavernoso desvenecijamiento del pecho. D. Navigio se le fué á la carga, levantando esta piedra de sólida argumentación:

—Eso lo dice usted porque su celibato esteriliza sus más nobles sentimientos, y no deja en su corazón más lugar que el que ocupa el monstruoso egoísmo, feroz enemigo, cáncer terrible de nuestras sociedades.

Cátese usted, busque mujer buena y cariñosa, tenga hijos hermosos, funde un hogar feliz que le ate á la vida y al suelo patrio... Verá usted cómo encuentra la voz perdida, la energía debilitada, y se le llena de ideales el alma, como el prado de margaritas.

—¿Casaca?—exclamó Gabinito, haciendo abortar un bostezó con la risa;—¡já, já! ¡valiente disparate! ése es remedio del siglo pasado, doctor Soto.

—De todos los siglos, pasados y futuros—afirmó D. Navigio, algo desconcertado con la risa del joven, y sin medir todavía todo su alcance;—fuera del matrimonio no encontrará usted más que vicio, desorden, intranquilidad, despilfarro, ruina, locura, muerte...

—Y dentro del matrimonio aburrimiento, cansancio, discordia, malas digestiones, desesperación, aquello que usted sabe, locura, y muerte también, ya que todos hemos de morir, casados ó solteros.

—El casado, señor Asnabal...

Con mucho donaire fueron jugando á la pelota con el tema largo espacio, y D. Navigio se calló el primero, demudado de pronto, porque recibió este cantazo, que á poco le tumba en la carretera:

—¿Casaca? ¡no, señor! soy joven, rico, libre... Mi programa del año verá usted qué bonito es: en Octubre, á París. ¡París! ¿sabe usted lo que es París? junte todo lo hermoso, lo grande, lo mejor que hay en el mundo; ¿ya lo ha juntado usted? pues, ahí tiene usted á París, templo del Amor, del Arte y de la Ciencia. Declaro humildemente que mi peregrinación no reza con estas dos últimas deidades... ¡Qué mujeres aquellas, doctor Soto! ¡y qué vida de placeres! ¡ah!... Después de una temporadita bien aprovechada, saldré á dar la vuelta al mundo, viajaré, viajaré como el judío más judío... y écheme usted un galgo. ¡Conque, á mala hora viene usted á recetarme matrimonio, doctor Soto!

Digo que se demudó D. Navigio al oír esto; metió el pie en un charco y se puso

perdido, obligándole el percance á detenerse para limpiar con el pañuelo los chisguetes de lodo. Gabinito, que sin duda no daba la menor intención á sus manifestaciones, se excusó de no llevarle á la grupa, porque harían la facha más ridícula y su entrada en el hotel sería la comidilla del día.

—Sí, señor—contestó el doctor, guardando el sucio lienzo en el bolsillo;—no faltaría más sino que me llevara usted enacado; ¡muchas gracias! por razones parecidas no ofrezco á usted mi paraguas; á unos falta lo que á otros sobra: tal es la ley del equilibrio social, aunque á primera vista parezca una ley desequilibrada. Quédese usted con su caballo y yo con mi paraguas, y mójemonos los dos, usted el cuerpo y yo los pies, que uno y otro vamos compensados. ¡Y á mal tiempo, buena cara!

Chano, chano, siguieron sin hablar, Gabinito distraído con la deslumbrante evocación de París, y D. Navigio... D. Navigio dando estas puntadas y remates mentalmente á su resolución:

—En seguida de llegar se lo suelto á Loreto, para desengañarla de una vez; basta de estúpidos intentos, y que el mono éste vaya á reirse de la señora mona, su abuela, y se guarde sus pesos para las parisienses. Y que reviente él y su parentela, y Marplatina, y el *hombre negro*, y el mundo como una sola bomba gigantesca y terrible... Loreto se convencerá, ó reventará también. Y Florita, que se calle, que se resigne, que no nos salga con su feminismo salvador, porque yo, el pacífico, que en esta pelea contra la adversidad voy dejando pedazos de vida, haré lo que no he hecho nunca: ¡una barbaridad! Pasado mañana nos despediremos... Y vuelta á la lucha, la lucha diaria, la lucha eterna por sostener el rango, que es el alambre de Florita y nuestro propio alambre... ¡Lástima de conferencia con el Gobernador! otra cosa que haré en cuanto llegue: decirle que de lo dicho no hay nada, y que éste, mejor que en el Congreso, estará en una jaula de Palermo...

Gabinito, entretanto, regresaba de su imaginario viaje, y fijaba los ojos en el caviloso compañero, saltando del choque esta idea:

—Si lo del Congreso y lo del matrimonio se relacionará con las pretensiones que dice Adelaida y dicen todos que se permite abrigar el arenque seco... ¡Tiene gracia! ¿á que sí se relaciona? ¡titiriteros de morondanga! ¿estáis locos vosotros ó está loca la niña pasada? ¿cuándo se ha pagado tan caro el arenque, ni por qué había yo de pagarlo, ni en qué, ni cómo, ni cuándo os he demostrado yo interés en adquirirlo? ¡Bah!

Tan expresivo y sincero era este ¡bah! de menosprecio, que no se contentó el de á caballo en imaginarlo, sino que lo indicó á la vez en forma muda, con los hombros y un gesto de los labios que dirigió al de á pie sin disimulo. Pero D. Navigio, cubierto con el paraguas, no podía verlo; y como el silencio, después de tan regocijada discusión, tenía apariencias de enfado, y en forma alguna ni por ninguna causa conveniale á él



mostrarlo, respondió al movimiento de Gabinito con esta salida:

—¡Buen paseo el nuestro, señor Asnabal!

—¡Bueno! — repitió Gabinito, —y gran día el de hoy.

—¡Mucho!

—Lô digo por la neblina.

—Y yo también... ¡justo! por la neblina.

Chano, chano, habían llegado á la intersección de la cuesta que hacia la playa del *Manchester* descende y la línea del tranvía; el magnífico edificio del hotel esfumaba su robusta silueta, templo del dios *bon vivant*, de que ambos eran devotos fervorosos, y allí se detuvieron para despedirse, porque dijo Gabinito que antes del almuerzo daría una vuelta por la Rambla en busca de Rómulo para la consabida estación en *La Perla*, luego de dejar el albo rocín en la cuadra; y entre la nube desapareció el Santiago de pacotilla con más prisa que si fuera á matar moros, emprendiendo el grave doctor Soto la bajada á la playa, paraguas

al hombro otra vez, síntoma alarmante, derramando suspiros y maldiciones:

—¡Botarate!... ¡crápula! ¡juventud sin ideales! ¡patria sin juventud! ¿qué será de ti? ¿qué será de ella? ¿qué será de nosotros? ¿qué será de todos? ¡Ay!

Repitió el *¿qué será?* con amargura, y aunque la solemne interrogación aplicada parecía á la patria y á la juventud, su pensamiento personificaba inconsciente estas entidades, y eran misia Loreto y Florita quienes callaban sin responderle en el fondo de su mente.

—¿Qué será de nosotros?—murmuraba D. Navigio.

Tendía la neblina sus tules sobre la playa, y aquí y allá las garitas de mimbre, como féretros egipcios, permanecían de centinela, impasibles delante del mar, que de ellas se burlaba cubriéndolas de espumarajos; aquel día, aquel gran día que decía irónicamente Gabinito, las ondinas y nereidas marplatenses habían juzgado prudente no salir de sus conchas de nácar, que en

este caso eran las confortantes habitaciones del hotel, y por ende, suspendida la exposición matutina de pantorras, faltaba el acostumbrado público de mirones y golosos; ni un sombrerito de paja, ni arremangados pantalones á la inglesa, ni borceguíes amarillos dentro de las garitas, momias de aquellos féretros: en la playa toda imponía la tormenta su ruidoso silencio.

D. Navigio comparaba este silencio y esta agitación con el estado de su ánimo, y hacía sufrir al paraguas el suplicio del camino, mareo de volatinero incansable. Cuando entró en el patio, distinguió á misia Loreto, que desde su ventana le telegrafaba no sé qué, alguna pregunta frívola, si venía mojado ó traía apetito, y él contestó con inequívoco movimiento de languidez, de tristeza profunda, indicando que ya subiría, que tenían que hablar largo y resolver muchas cosas.

Pero, no subió de seguida; no se atrevió á subir, con temor inexplicable. Sentóse en la terraza, fatigado, más de tanto pensar en

vano que de la caminata, y no miró á los que estaban, grupos sueltos, alegres, conocidos todos, de entre los cuales alguna mano se adelantó para saludarle, y no pocas voces le dieron los buenos días, estómagos que esperaban impacientes la hora de la refacción. Vuelta la redonda cara al mar, D. Navigio repetía el *¿qué será?* angustioso, perdido su pensamiento entre la niebla, como si leer pretendiese una página en blanco.